

## ÁFRICA QUE LLEVAMOS DENTRO<sup>1</sup>

*Sergio Ramírez Mercado*

Recibido 15/11/09 Aceptado 03/03/10

Desde la aparición de mi libro *Tambor Olvidado*, que trata de explicar los tres componentes esenciales de la cultura nicaragüense, español, indígena y africano, éste último en falta porque ha sido siempre echado al olvido, se me ha preguntado reiteradamente que dónde están entonces los descendientes de africanos. Qué se hicieron, que fue de ellos. Todo el mundo reconoce, por obvio, que están en la costa del Caribe, son protestantes, hablan inglés, y tienen sus propias tradiciones culturales. ¿Pero los del Pacífico, dónde están que no los vemos?, viene a ser la pregunta de siempre.

Para no pocos de mis lectores, el velo que yo he querido levantar a través de las explicaciones de mi libro, sigue allí tan espeso, y sutil a la vez, como siempre. No vemos nuestra parte africana en León, en Granada, en Nandaime, en Rivas, en Managua, en Las Segovias, en Chontales, simplemente porque una ceguera histórica, transmitida a través de los siglos, nos impide verla. Y como no soy un etnólogo, sino un novelista que busca explorar los cimientos de nuestra identidad nacional, no he buscado recurrir a los fenotipos para mis explicaciones, tan abundantes los rostros donde las marcas de la herencia africana son tan visibles, sino a la forma en cómo la mezcla étnica se dio a través de la historia, y las consecuencias que esa mezcla, a partir de sus raíces tiene en nuestra cultura.

La marimba, nuestro instrumento musical más tradicional, lo mismo que el quijongo y el juco, instrumentos de percusión; palabras que siempre usamos, como guarapo, guaro, ñame, chicharrón, cuchumbo, café, cachimba, cabanga, burrucha; muchos de los platos de nuestra cocina tradicional como el mondongo, el vigorón, el guiso de tortuga, la carne en vaho; los cuentos de camino, empezando por el Tío Conejo y el Tío Coyote; los ensalmos, conjuros y brujerías; los bailes callejeros que acompañan las procesiones.

Nada de eso existiría sin África. Pero el espejo ciego sigue frente a nuestro rostro, sin devolvernos nuestra verdadera imagen.

¿Porqué esa negación constante de nuestra herencia, que es la negación de nuestro ser mismo?

Desde comienzos de la colonia, los mulatos, descendientes de los esclavos negros traídos a la región del Pacífico, quisieron ocultarse bajo la palabra mestizo, que se entendía nada más aplicada a los descendientes de españoles e indios. No obstante, los censos insistían en denunciarlos a cada paso, porque era obligatorio declarar la raza a la que se pertenecía; pero una cosa eran los censos, y otra la vida social, que por su misma fuerza evadió la palabra mulato, y al disolverse su identidad, disolvió también por fin la palabra de la que querían librarse, que dejó de usarse en el idioma diario.

El proceso de asimilación borró así de la memoria colectiva de los descendientes de esclavos su origen africano, porque los hacía ser menos en el orden social en que se vieron obligados a vivir. Lo mismo ocurrió con los indios. El orgullo de descender de los indios, en el mestizaje simplemente doble, ha sido fijado por la cultura dominante como un adorno inofensivo tardío, mientras siempre fue una calificación degradante. A ambos, negros e indios, se les indujo a avergonzarse de sí mismos, y peor a los mulatos, verdaderos intrusos en el cuerpo social colonial, del que, gran paradoja, llegarían a ser mayoría.

La variada fusión de los tres componentes étnicos llegó a ser tal a lo largo de los siglos en Nicaragua -sin que esto significara de ninguna manera la disolución de los estratos sociales- que terminó por trancar la segregación racial expresa tal como establecían las leyes de casta coloniales, sobre todo para negros y mulatos, hombres y mujeres, a quienes fue imposible mantener separados y aislados, y se entregaron a uniones ilícitas.

Pero quedó incólume la discriminación social, que fue volviéndose con el tiempo tácita, y no por eso menos ofensiva, y de allí se pasó a la gran conspiración del silencio. De modo que si las palabras *negro*, *negrito*, *negra*, *negrita*, aún se utilizan de manera coloquial en señal de afecto, con lo que han llegado a ser inocentes, surgen alguna vez términos despectivos, encubiertos en la broma y sacados de los aposentos de la memoria, como *nápiro*, *picholo*, *negricillo*, *musuco*, *cerullo*, *murrucu*, *trompudo*, *chajuma*. Pero lo que es la palabra *mulato*, está suprimida del lenguaje diario, como si su solo recuerdo fuese enojoso.

El indio que los conquistadores españoles encontraron en Nicaragua en el siglo dieciséis dejó de existir -reducido primero por el exterminio, y disuelto luego en sucesivos mestizajes- pero sobrevive como imagen, y en algunos rasgos de identidad cultural, y de identidad social. Los indios de Sutiaba y los indios de Monimbó se reconocen e identifican como tales, aunque son verdaderos mestizos triples, y viven congregados en barrios tradicionales, lo mismo que los de Matagalpa, o Mozonte, en comunidades rurales, y son capaces aún de elegir alguna formas de autoridad, como los Alcaldes de Vara y los Consejos de Ancianos, recuerdos de los antiguos cabildos coloniales indígenas, ahora sin poder efectivo.

Igual que los indígenas, los negros que llegaron en los barcos de esclavos a las costas del Pacífico se disolvieron también en sucesivos mestizajes, pero para ellos no era posible transmitir ningún rasgo visible y sistemático de identidad común, más que

el color de su piel. Sus lenguas eran múltiples, y las tribus o naciones de que provenían, lejanas entres sí. Nunca estuvieron juntos más que en los galpones y campamentos de las minas y las plantaciones, y los negros ladinos que vinieron como criados domésticos y pajes, habían ganado una nueva identidad difusa en la península.

Los mulatos, que al crecer demográficamente llegaron a dominar barrios enteros, y hasta poblaciones, como mayoría, tampoco conservaron, ni reclamaron nunca, ninguna clase de identidad propia, si más bien buscaban desaparecer. Lo que queda de la cultura original de sus antepasados africanos, de sus tradiciones y creencias, son huellas importantes, aunque secretas, que es necesario rastrear, o señales inadvertidas que están frente a nuestros ojos y no somos capaces de ver porque se impone la constante del olvido.

La sociedad colonial dentro de la que indios, negros, zambos y mulatos lograron sobrevivir, bajo condiciones diferentes, y luego fundidos todos juntos, nunca toleró del todo aquella mezcolanza indescifrable y tantas veces promiscua de donde provenían vicios y delitos, peligrosa para chapetones y criollos, lo mismo que para los indios que aún poseían tierras realengas, y que sin embargo era el sustento material de esa misma sociedad.

Pero esa mezcolanza era un medio propicio para favorecer el anonimato y apagar cualquier recuerdo de identidad que estorbara a los mulatos, antes de que los ladinos, o mestizos triples, llegaran a ser, tiempo después, el estrato emergente que comienza a manifestarse en las vísperas de la independencia, y del que los mulatos fueron un componente fundamental.

Este término de ladino, que más que étnico prefiero tomarlo como una denominación cultural, merece atención aparte. Enuncia el mestizaje triple, pero servirá mejor para nombrar a aquellos de entre los mestizos triples que lograron el ascenso social, y así influencia y renombre, todo un sector que comienza a consolidarse hacia finales del siglo dieciocho en Centroamérica. Es el triunfo del proceso de "blanqueo".

Los mestizos triples que han logrado colarse hacia arriba, y aún los negros y mulatos, son todos asimilados de manera oficial en la categoría única de ladinos, en contraposición a la de español, por un lado, y la de indio, por el otro. Ya en el censo levantado en 1803, sólo se habla de españoles y ladinos, "o gente de razón", mientras los indios siguen siendo "el tercero innominado". Y ya los propios ladinos aparecen influyendo para que en los documentos oficiales, se borre toda mención de mulatos o zambos, y se use el término de "ladino", que hace tabla rasa.

No se tratará ya de una separación racial, sino económica y social. El nombre de ladino cubrirá a todos los de importancia económica y social, aunque como mulatos tengan preponderancia de sangre india, o negra, y del otro lado quedarán los indios del común, donde se enlistan los peones, los campesinos sin tierra, carretoneros, acarreadores, mozos de cordel, todos los que sólo pueden ofrecer su fuerza física, aunque entre ellos haya también mestizos triples, y no pocos marcadamente mulatos, además, por supuesto, de los marcadamente indios.

Los caudillos militares y los políticos de oficio, los curas y obispos, los abogados y los comerciantes y no pocos hacendados, son ya ladinos para los comienzos del siglo diecinueve, y son ellos quienes encabezan la revolución liberal de 1893, erigen un

nuevo estado laico y anticlerical, e imprimen al país un signo de modernidad capitalista, ellos mismos parte de la nueva clase caficultora.

Los ladinos, que sabían de su ascendencia negra y de su ascendencia indígena, borrarón el recuerdo de ambas y escogieron al indio como señuelo de descalificación, mientras se deshacían de su pasado africano a través del silencio. Era una manera doble de renegar de sus ancestros, en un caso de manera expresa, por medio de la burla y el desprecio contra el indio, y en el otro, de manera tácita, condenando al olvido su herencia negra.

Al abolirse la esclavitud en 1824 por decreto de la Asamblea Nacional Constituyente de Centroamérica, quedaba abolida formalmente una parte de aquel pasado, la más oscura. Quizás las últimas palabras que se dijeron sobre el asunto fueron las del anciano presbítero Simeón Cañas, diputado por El Salvador, quien hizo la propuesta de votar el decreto para que *se declaren libres nuestros hermanos esclavos... que gimen en la servidumbre, suspirando por una mano benéfica que rompa la argolla de su esclavitud... si la nación toda se ha declarado libre, lo deben ser también los individuos que la componen...* Ya no era la esclavitud un fenómeno masivo, y más bien se zanjaba un asunto de principios. Pero no pocos de los diputados que iban a votar la Constitución de la nueva República Federal llevaban sangre de los antiguos esclavos.

De esta manera el ladino, en su imaginera individual y social, llegó a creerse español nada más, ni siquiera indio. Su ambición suprema era verse en el espejo como europeo. El mestizaje que asume al indio como componente vendrá a ser, sólo después, un reclamo intelectual, que apunta hacia el hispanismo bienhechor. Pero con posterioridad a la independencia, la aceptación convencida de la superioridad de la raza europea, y el reclamo urgente de inmigraciones masivas, capaces de traer verdadera civilización, viene de los propios ladinos de triple origen, lo mismo que de los criollos que se juzgaban descendientes de españoles.

Es a criollos y ladinos a quienes Walker encontró enfrentados en guerra en 1855. No eran criollos conservadores de Granada contra ladinos liberales de León. Criollos y ladinos había en los dos bandos. Son un criollo venido a menos, don Francisco Castellón, y un ladino mulato, el general Máximo Jerez, quienes hicieron venir a la falange filibustera. Y es a todos ellos, bajo la denominación común de mestizos, a quienes Walker consideró inapropiados para manejar los destinos de un país de promisión, puentes de los dos mares, por padecer de un daño genético, el del mestizaje. Recordemos que para Walker, la maldición la llevaban los nicaragüenses en la sangre, y el estigma de la indolencia, el desorden y el atraso, provenía del amancebamiento de razas, fruto de la incapacidad de los colonizadores españoles de haberse mantenido alejados de los lechos contaminados de las indias, negras y mulatas.

Las expresiones respecto al indio criadas a lo largo de la colonia, y que hemos heredado: *el que anda con indio, anda solo; al indio, la culebra y el zanate, dice la ley que se mate; indio, piche o alcaraván, no se crían porque se van; el indio por mal quiere; un indio menos, un plátano más; no hay cosa peor que poner a un indio a repartir chicha; no hay peor cosa que poner a un indio a comer en plato de china; se le salió el indio...* no son parte de un muestrario de refranes inocentes, sino la expresión solapada de la discriminación y los prejuicios, que bien podrían aplicarse también a los negros y mulatos: ¿Qué extraño sería oír decir: *no hay peor cosa que poner a un negro a comer en plato de china; un mulato*

*menos, un plátano más?* Pero el silencio no admite ni siquiera eso. No existen, no se ven, nunca existieron. No existimos en ellos, no existen en nosotros.

Las dos, la indígena y la negra, fueron culturas de transmisión oral, y por lo tanto, sus expresiones no tenían más destino que el de ser segmento, o sedimento, de la nueva cultura híbrida, mestiza y ladina. La religión, de un sincretismo triple, la música y las danzas, la cocina, las creencias religiosas y mágicas, las narraciones orales y el habla misma, entrarían en este turbión anónimo bajo múltiples disfraces.

Pero a diferencia de la africana, la cultura indígena estuvo expuesta a registro desde el primer momento por parte de los conquistadores y colonizadores, de manera que se trata de una cultura con testigos, de la que tenemos recuentos y codificaciones lingüísticas, y aún diccionarios en el caso del náhuatl, por ejemplo, que sigue siendo una lengua viva en algunas regiones de México. Además, sabemos de su cultura a través de los códices y de los relatos de los cronistas que copiaron testimonios orales sobre el recuerdo ancestral de sus éxodos desde México, sus creencias cosmogónicas y religiosas, costumbres diarias, vida social, artesanías, organización y técnicas de la producción agrícola, mercados y comercio, alimentos, pese a la depredación a que esa cultura fue sometida.

Esta circunstancia de una cultura destinada a disolverse en otra, pero testificada, la vuelve apta para recibir a la cultura negra y mulata, que nunca fue objeto de ningún registro, y más bien buscó esconderse desde el principio; y a través del proceso de fusión de ambas, una llega a representar a la otra, de modo que por indio o indígena llegamos a entender todo lo que desde el estrato popular, lo indio propiamente, más lo negro, zambo y mulato, se mezcló con la cultura española, en la antípoda no europea.

El asunto de las identidades culturales, su comportamiento y las fuerzas que las guían, nunca obedece a presupuestos mecánicos. En un proceso tan dinámico como fue la formación de la sociedad nicaragüense durante la colonia, y siendo que tanto indios como africanos habían sido forzados a una crisis de identidad, obligados a desprenderse de sus manifestaciones más visibles, o a ocultarlas, una de esas dos culturas, la de ventaja relativa mayor, pudo servir de refugio a la otra, y representarla.

Pero en sentido inverso, al mismo tiempo. la palabra mulato, tan fuerte era su significado, llegó a identificar en los censos y documentos coloniales a los mulatos propiamente, descendientes de españoles y negros; a los zambos, descendientes de negros e indios; y a todos los que en mezcla variada y común vinieron a resultar, a su vez, de mestizos y mulatos; de mestizos e indígenas; de mestizos y zambos, y de zambos y mulatos, común denominador de múltiples clasificaciones.

Así aparecían en los asientos de bautizos, casamientos y defunciones de los registros eclesiásticos, hasta bien entrado el siglo diecinueve, como se prueba con el acta de matrimonio de los abuelos paternos de Rubén Darío, anotados como mulatos. Hasta que con el tiempo, y la constante voluntad de obtener el prestigio del “blanqueo”, todos llegaron a ser englobados bajo la denominación, si no de españoles, de mestizos y ladinos.

“Españoles” fuimos llamados siempre los de la región del Pacífico por los habitantes de la costa del Caribe, desde una lejana y distorsionada perspectiva colonial inglesa. Y la existencia de una población de origen africano bien definida en la costa del Caribe de Nicaragua ha servido para contentar nuestras explicaciones sobre el

mestizaje indohispano, y así seguir ignorando que de este otro lado, el de “los españoles”, la presencia negra y mulata es mucho más antigua que la de aquel lado, y ha venido participando desde el siglo quince en la conformación de la identidad nicaragüense.

La “costa” llegó a desarrollar una cultura diferente, bajo la influencia ejercida por Inglaterra desde sus posesiones en el Caribe. El inglés se estableció como idioma principal de la población de origen africano, y desarrolló una expresión creole, el *western caribbean creole*, emparentado con el de Jamaica. Mientras tanto, las lenguas indígenas, las más importantes el misquito, el sumo-mayangna y el rama, se conservaron vivas, a diferencia de las lenguas indígenas de la región del Pacífico, desaparecidas bien pronto como sistemas lingüísticos bajo el peso de la colonización.

En 1849 arribaron a Bluefields procedentes de Alemania los primeros misioneros de la iglesia “Unitas Fratrum”, conocida como Iglesia Morava porque se había originado en Moravia y Bohemia, territorios de la actual República Checa. Los pastores moravos, que con el tiempo llegarían a ser nativos en su gran mayoría, no pocos de ellos misquitos, alcanzarían una influencia social decisiva en todas las comunidades de la costa del Caribe. Luego, hacia finales del siglo diecinueve, aparecieron los misioneros de la Iglesia Bautista, procedentes del sur de Estados Unidos, y en distintos momentos llegaron también las denominaciones anglicanas y adventistas.

La presencia de estas misiones religiosas estableció una importante diferencia en las formas de comportamiento cultural de ambas partes de Nicaragua. En la tradición protestante, la catequización partía de la lectura obligada de los textos sagrados por parte de los fieles, con lo que tenía que darse a la par un proceso de escolaridad. Es lo que hicieron los cuáqueros y puritanos en Nueva Inglaterra. De manera que religión y educación se presentaron de manera conjunta en la costa del Caribe, al contrario de la evangelización de la iglesia católica en la costa del Pacífico, que fue oral desde el comienzo de la colonia. Los indígenas catequizados no necesitaban leer, sólo escuchar. Una catequización alentaba la lectura de la Biblia, y la otra la prohibía.

El culto de las iglesias protestantes de la costa del Caribe fue, además, austero, celosas de tener feligreses sobrios, y desprovisto de las parafernalias del rito católico, sin imágenes que venerar, ni incienso, ni pólvora, ni celebraciones patronales donde las cuadrillas de danzantes disfrazados, y los bailes paroxísticos, se manifiestan libremente, al lado del consumo de las bebidas alcohólicas y las comilonas. Y si la presencia africana vino a darse en ambas partes de Nicaragua, las consecuencias de esa presencia se manifestaron de manera diferente, y contraria, en relación con la religión.

El catolicismo se abría por completo a la fusión entre sus propios ritos y los ritos ancestrales africanos, como se abría a la fusión con los ritos indígenas, mientras el protestantismo se cerraba a esas manifestaciones. El catolicismo, permeable a la magia, se prestaba al sincretismo religioso, y el protestantismo, desprovisto de imaginación, rechazaba aquello que cayera bajo el estigma de la superstición. Todo esto ayudó a marcar diferencias de comportamiento y de carácter entre las poblaciones de uno y otro lado, diferencias que tiene aún que ver con los gritos a galillo pelado con que se echan vivas a los santos en las procesiones, lo mismo que a los caudillos, y la modestia de voz y el sosiego con que se cantan los himnos dentro de los templos protestantes costeños.

Pero éste no ha sido sólo un asunto cultural, sino también político. Nicaragua estuvo bajo dos situaciones coloniales, una española, otra británica, en medio de la disputa de ambas potencias por el dominio del Caribe; y el ardid de crear el reino de la Mosquitia de parte de los ingleses sirvió para abrir un coto de explotación de los recursos naturales, además de que se metieron de lleno en el juego geopolítico de disputar con Estados Unidos el dominio del puerto de Greytown en la boca del río San Juan, entrada de una posible ruta del canal interoceánico.

La revolución liberal de 1893, que consumó la reincorporación de la costa del Caribe en el siglo diecinueve, vio el territorio recuperado desde la perspectiva mestiza. Eran los mestizos ladinos los que tenían ahora el poder; mestizos, ya vimos, que no querían verse en el espejo triple que les devolvía su herencia africana. Mal espejo para ellos, si la reivindicación que buscaban, la del mestizo que no quiere ser sólo criollo, sino también europeo, hubiera tenido que reconocer como suya una cultura que aunque de componentes ingleses, consideraban propia de afrocaribes y de zambos, marginales unos, y primitivos otros. El fracaso del reconocimiento de la diversidad, por causa de la óptica del estado liberal de inspiración positivista, no hizo sino dejar abierto el foso de mutua extrañeza que aún separa ambas mitades de Nicaragua.

Fue este afán de tomar distancia para evitar cualquier involucramiento de identidad cultural, el que llevó a las elites mestizas del Pacífico a exagerar la historia de los reyes moscos para presentarla como bufa, reyes semidesnudos que extendían títulos de concesiones de explotación de bosques a cambio de una barrica de ron. Era lo mismo que, como europeos, pensaban los propios ingleses de aquella dinastía, inventada por ellos para su beneficio.

Pero regreso al principio. De este otro lado, del lado del Pacífico, la mezcla de culturas entre los conquistadores y colonizadores españoles y los pueblos aborígenes que poblaban Nicaragua, insisto, ha recibido siempre un carácter de exclusividad para explicar el mestizaje, mutilando el componente africano. Y ese mestizaje exclusivo ha servido como señuelo, o más bien como fetiche, para explicarnos a la vez como país. De allí resultan, se afirma, el castellano que hablamos, nuestra música anónima, nuestro catolicismo practicante, nuestras tradiciones populares, nuestra cocina, y hasta nuestro modo de ser como pueblo de ingenio marrullero. La corona de ese mestizaje sería el *Güegüence*.

Son dos componentes esenciales, sin duda, que se fundieron produciendo diversas mutaciones no sólo durante la conquista, un hecho más bien fulminante, sino sobre todo, a lo largo de los siglos de la colonia. Casi nada se ha hablado, sin embargo, del tercer componente clave, el africano, presente de una manera no sólo perseverante durante ese período, sino abrumadora, a tal punto que para finales del siglo XVII la población de Nicaragua en la franja del Pacífico estaba compuesta en su mayor parte por negros, zambos, mulatos, pardos y cuarterones. Sólo los mulatos, surgidos de la mezcla entre españoles y negros, o entre mestizos y negros, tenían cotas demográficas superiores a las de los mestizos, resultantes de la mezcla entre españoles e indígenas, y ya no se diga a las de los indígenas mismos, que en determinado momento llegaron casi a desaparecer.

Quienes buscaban definir una identidad nacional pusieron en foco a la raza oprimida y postergada, necesitada de redención, un pensamiento que se vino

desarrollando a lo largo de la primera mitad del siglo veinte en América Latina, y que entró en la cauda de la literatura. Esa raza es la raza mestiza indohispana, más indígena que hispana. La raza de bronce generadora de una identidad espiritual americana, una filosofía que si algo procura es la exaltación del nacionalismo.

De otro lado, el pensamiento hispanista tradicional, de sustancia católica, revivido por el franquismo, ha tratado siempre de privilegiar de manera exclusiva ese encuentro de la “raza india” con la “raza española” bajo la luz bienhechora del cristianismo, de manera que el mestizaje resulta alumbrado por la religión. La iglesia acogía en su seno a los indios, únicos conversos admisibles, y la Corona no vedaba a la casta de los mestizos dobles el estatus que vedaba a las castas de los negros, mulatos y mestizos triples, en este último caso aquellos que venían a representar el todo de indios, españoles negros, mestizos y mulatos en sus diversas combinaciones y variantes. Lo que hoy somos.

Pero, además, la única herencia autóctona que solemos reconocer en nuestra cultura es la herencia india, con un paternalismo folclórico que nace en las escuelas y va a dar a los escenarios donde se representan los bailes indígenas, con trajes indígenas, en reiterada falsificación. Es una representación inocente. Lo indio pasó a ser tolerable, cada vez más como una invención, al menos en los espectáculos. De esta manera, el folclore de reconocida raíz indígena, música, vestimenta, artes culinarias, es el adorno inocente de nuestra nacionalidad.

Pero lo negro sigue siendo intolerable, en un sentido tácito. De eso no se habla. Un silencio sepulcral cae alrededor de su presencia en nuestra historia, y en los elementos culturales que componen nuestra vida diaria, al punto que todo aquello que proviene de la herencia africana, es disfrazado como indígena. Por eso mismo, todas nuestras referencias a lo africano las concentramos en la costa del Caribe.

No es de extrañar entonces que la herencia africana haya estado siempre bajo represión, y pasara a convertirse en un mudo estigma. La manera de escalar, para los mulatos descendientes de esclavos, era estableciendo el silencio alrededor de su procedencia, y dar a ese silencio un carácter social, de modo que el triunfo estaba en volverse invisibles.

Desentrañar nuestras raíces africanas, no es una búsqueda ociosa. Reconocernos a nosotros mismos como de verdad somos, no es poca cosa a la hora de pensar en un proyecto común de nación. Para convivir en el presente, y afirmarnos en nuestra identidad como pueblo dueño de una riqueza cultural múltiple y variada, debemos entender cómo se forjó esa identidad y cuáles son sus elementos, español, indígena, africano.

Aprender a vernos, de cuerpo entero, en el hermoso espejo de nuestra cultura triple.

## Nota

1. Conferencia dictada en el Museo Nacional de Costa Rica en el mes de octubre del 2009.